



Universidad de la República
Facultad de Psicología

Ciclo de Graduación
Trabajo Final de Grado
Modalidad: Monografía
Tutor: Gonzalo Corbo

**Estructuración psíquica y violencia:
avatares de una relación compleja**

Aliki Issaris

C.I.: 2.027.771- 4

Montevideo, julio de 2018.

Índice

Resumen _____	2
1. A modo de introducción _____	3
1.1. Un pequeño recorrido desde los orígenes _____	3
1.2. Noción de violencia desde los orígenes psíquicos del sujeto hasta su lugar en la cultura _____	5
1.3. El lugar de la seducción _____	6
2. Constitución psíquica _____	8
2.1. Aportes de Wilfred Bion y Donald Winnicott _____	8
2.2. La seducción de Freud a Laplanche _____	9
2.3. El enigma y el otro _____	14
2.4. Introducción de la noción de intromisión _____	17
3. Violencia _____	19
3.1. Los aportes de Aulagnier _____	22
3.2. Experiencia clínica en violencia y maltrato: Janin _____	25
3.3. ¿Por qué pienso que es útil el pensamiento de Laplanche para entender y trabajar situaciones de violencia? _____	28
3.4. ¿Cuál es la relación entre violencia explícita y lo enigmático? _____	30
4. Las posibilidades de la clínica psicoanalítica _____	32
5. Consideraciones finales _____	37
Bibliografía _____	39

Resumen

Pensar en una concepción de violencia implica el abordaje de una multiplicidad de factores que generan el entrecruzamiento de múltiples planos de la realidad. Intentar asir todos estos planos en una trabajo final de grado resulta una tarea difícil de concretar, por tal motivo intentaré en estas páginas acercarme a este concepto para tomar sólo algunos de estos planos.

El camino recorrido me lleva a los inicios del psicoanálisis, al reconocimiento de la violencia y el abuso como situaciones que influyen en el desarrollo de los individuos en el caso de Freud y a los abordajes de Ferenczi que permitieron una profundización en el tema. Siguiendo esta línea de pensamiento intentaré comprender el surgimiento y la estructuración del psiquismo de los sujetos con relación al concepto de violencia desde la postura psicoanalítica. Para ello los desarrollos de Laplanche resultan fundamentales, relacionando los desarrollos teóricos de Freud respecto a la seducción originaria e introduciendo el concepto de intromisión, así como la importancia de la pareja parental en los primeros momentos de la estructuración del psiquismo.

Los aportes de autores contemporáneos como Piera Aulagnier resultan fundamentales para poder comprender el concepto de violencia, intrincado en el desarrollo de cada sujeto; asimismo las experiencias clínicas de Janin y las oportunidades de aprendizaje que conllevan, resultan fundamentales para poder esbozar una idea respecto a un tema tan complejo.

Quisiera destacar también que frente a un tema tan removedor y angustiante, el pensamiento de un autor como Laplanche, que me atrevo a calificar de optimista, habilita la esperanza y el compromiso.

Palabras clave: constitución psíquica – seducción originaria - violencia – intromisión.

1- A modo de introducción

Alcanzar en toda su dimensión la noción de violencia resulta una tarea difícil, debido en gran medida a la confusión que se genera al relacionarla con otros conceptos lindantes, como el de agresión o el abuso.

El concepto de agresión, ligado a lo pulsional, parecería ser el más desarrollado por la teoría psicoanalítica, sin embargo, el contexto histórico ha llevado a la necesidad de incluir teorizaciones sobre la violencia, tanto en el ámbito de la clínica como en lo social, allí donde la exclusión nos ubica en los límites del malestar en la cultura.

1.1 – Un pequeño recorrido desde los orígenes

En lo que refiere a los orígenes del pensamiento psicoanalítico, pienso que es necesario diferenciar la violencia intrafamiliar como un hecho social, de su posible conceptualización, porque en la medida en que el psicoanálisis es, como cualquier doctrina teórica, hijo de su tiempo, no sería razonable esperar conceptualizaciones en torno a este tema antes de aquellos años en los que se hizo foco en dicha cuestión. Al parecer en los escritos de Freud no hay referencia estricta a la violencia. Sin embargo, es posible detectar algunas señales, a modo de primeros acercamientos en la oscuridad que autores posteriores tomarán y desarrollarán.

Ya en sus inicios el psicoanálisis tropezó con los efectos psíquicos del maltrato y abuso ejercido sobre los niños. En concreto, los primeros trabajos de Freud hablan sobre las consecuencias en el desarrollo de niñas que en temprana edad habrían sufrido abuso sexual. Entre tantos otros casos, Freud (1895) menciona a Katharina, en donde describe a una joven que sufre crisis de angustia debido a las acometidas sexuales por parte de su tío (pasados 15 años Freud aclarará en una nota que el responsable de tales actos en realidad había sido el padre). De este modo empezó a relacionar la aparición de ciertos síntomas neuróticos con situaciones de seducción sexual por parte de adultos. Así desarrolló su “teoría de la seducción”, que más tarde abandonaría.

Algunos de los críticos del pensamiento freudiano sostienen que en esa época, Freud no logró ir más allá de su planteo con relación a la psicogénesis de las patologías mentales y por tanto no pudo hacer hincapié en el carácter en esencia abusivo de esas experiencias traumáticas. Como ejemplo paradigmático de esta dificultad de Freud, se menciona el caso Dora. Mannoni (1994), entre otros, señala que este caso terminó en fracaso porque Freud estaba más interesado en sus desarrollos científicos que en la lograr una cabal comprensión de su paciente. Como es sabido, cuando Dora tenía catorce años fue sorpresivamente abordada por el señor

K (un amigo de la familia) y forzada a recibir un beso. Mientras que las elaboraciones de Freud sobre el caso apuntan a los mecanismos psicofísicos que dan cuenta de los desarrollos posteriores de los síntomas, para Mannoni queda claro que el sufrimiento de la joven y violentada Dora quedan desatendidos.

Del mismo modo, si bien Freud logra hacer una buena descripción del contexto familiar de Dora, cuyos padres parecían no lograr atender adecuadamente las necesidades de su hija, mientras consentían desde el silencio la relación abusiva que ella estaba sufriendo, no logra considerarlo como un elemento perturbador o patógeno en sí mismo.

Los aportes de Ferenczi permitieron profundizar en el lado débil de la experiencia abusiva y dar un giro al entendimiento de estas situaciones. Muchos de los pacientes a los que Ferenczi alude habían sido víctimas, durante su infancia, de situaciones traumáticas producidas por abuso sexual. Ferenczi continuará con este discutido tema en su polémica conferencia “Confusión de lenguas entre el adulto y el niño” (1932). En ella afirma:

On ne pourra jamais insister assez sur l'importance du traumatisme et en particulier du traumatisme sexuel comme facteur pathogène. Même des enfants appartenant à des familles honorables et de tradition puritaine sont, plus souvent qu'on osait le penser, les victimes de violences et de viols. Ce sont, soit les parents eux-mêmes qui cherchent un substitut à leurs insatisfactions, de cette façon pathologique, soit des personnes de confiance, membres de la même famille (oncles, tantes, grands-parents), les précepteurs ou le personnel domestique qui abusent de l'ignorance et de l'innocence des enfants.¹

(Ferenczi, 1932, p.41-42)

Apuntará también a las consecuencias del abandono, el descuido o el rechazo sobre los hijos. En estos niños se puede quebrantar todo placer de vivir y de ese modo desarrollar una autoagresividad devastadora. También señalará algunos modos de poner en jaque el normal desarrollo de un niño, en lo que entendía eran prácticas abusivas generalizadas como el “terrorismo del sufrimiento” propio de madres que, desde el lamento, subordinan sus propios intereses a los de sus hijos, o el abuso

¹ “...nunca se insistirá bastante sobre la importancia del traumatismo y en particular del traumatismo sexual como factor patógeno. Incluso los niños de familias honorables de tradición puritana son víctimas de violencias y violaciones mucho más a menudo de lo que se cree. Bien son los padres que buscan un sustituto a sus insatisfacciones de forma patológica, o bien son personas de confianza de la familia (tíos, abuelos), o bien los preceptores o el personal doméstico quienes abusan de la ignorancia y la inocencia de los niños”

sexual producto de la “confusión de lenguas”.

Ferenczi menciona que estos adultos, sujetos en los que ya ha operado la represión e implantada la instancia llamada Yo, con predisposiciones patológicas, confunden los juegos y conductas de los niños con los deseos de una persona sexualmente madura, confusión que los lleva a abusar de estos niños. El niño puede intentar oponerse, pero a la larga es avasallado por la fuerza y la autoridad aplastante del adulto. Llevado por el temor y la indefensión, se doblega a la voluntad del agresor y lo introyecta, para poder seguir sosteniendo con él un vínculo de ternura. A este mecanismo de defensa psíquico Ferenczi lo llamará “identificación con el agresor”, concepto que se le suele atribuir a Anna Freud.

Más allá de las dificultades que supone determinar si alguien fue o no víctima de abuso, con la gravedad concomitante que supone errar el diagnóstico, pienso que fue muy importante la introducción por parte de Freud, de la noción de “realidad psíquica”, que deja de lado la necesidad de explorar una realidad que muchas veces es indeterminable, y se centra en aquello que verdaderamente cuenta para el individuo: su realidad subjetiva, o mejor dicho, su única realidad.

Intentaré una aproximación introductoria al concepto de violencia en psicoanálisis que me permita hacer dialogar algunas conceptualizaciones sobre el tema y abordar sus expresiones y dificultades ya sea que se expresen en la teoría, la clínica o la técnica psicoanalítica.

1.2 – Noción de violencia desde los orígenes psíquicos del sujeto hasta su lugar en la cultura.

Pretendo hacer un recorrido psicoanalítico de la noción de violencia, desde los orígenes psíquicos del sujeto hasta su lugar en la cultura.

Cuando uno entrecruza estos temas, no puede dejar de notar la enorme variedad de escenarios y dimensiones que confluyen a la hora del abordaje. Si bien un recorte siempre es un empobrecimiento, al mismo tiempo es lo que hace viable acercarse a aquellos temas, que de hacerlo con una pretensión totalizadora serían imposibles de abarcar. Se hace necesario demarcar algunas variables que dentro de la complejidad puedan entenderse como prioritarias.

En la actualidad, posmodernidad y complejidad son cuestiones que permanentemente exponen a las disciplinas a la interpelación epistemológica y las dejan “bajo sospecha” (Kachinovsky, 2012), pero al mismo tiempo han habilitado y fortalecido la noción de multidisciplinariedad. En este contexto mis posibilidades se limitan a algunos aportes de la especificidad psicoanalítica, sin desconocer que es un sesgo en un ámbito de alta complejidad, en donde el encuentro del psicoanálisis con

otras disciplinas es de una profunda riqueza que además necesariamente repercutirá en la clínica.

1.3 – El lugar de la seducción.

Pretendo en este trabajo aproximarme a una noción de aparato psíquico y de estructuración psíquica desde la perspectiva psicoanalítica, basándome en nociones que originalmente pensó Sigmund Freud y que en particular luego trabajó Jean Laplanche. Me refiero en particular al sesgo singular de la seducción originaria, como concepto príncips de la constitución psíquica de un sujeto (Laplanche, 1992). Este valioso pensador francés descentra una posible mirada endogenista freudiana, incluyendo al otro como factor esencial de los comienzos psíquicos de un sujeto. Otro que no es cualquiera, que son las figuras parentales, y que en lo que concierne a mi trabajo también deja abierta la puerta para algunas preguntas y reflexiones del orden de la transmisión y específicamente de la transmisión transgeneracional de la violencia. Esta mirada teórica de Laplanche me resulta interesante y operativa, y es por ello por lo que la utilizo como referencia para el desarrollo de este trabajo.

Pienso que toda teoría es un modo de ver las cosas que echa luz sobre cierta temática, y en tanto lo hace, también crea sus propias sombras. No creo en los pensamientos únicos ni en general en las cosmogonías, por lo que creo que posiblemente haya muchas otras teorías y enfoques que permitan hablar y pensar sobre la situación de la violencia.

Es una opinión frecuente aquella que sostiene que los técnicos que trabajan en los espacios donde se aborda directamente situaciones relacionados a la violencia, habitualmente no adhieren a la teoría psicoanalítica. También que el corpus psicoanalítico ha hecho poco para revertir esta situación. Esta opinión se apoya, entre otros motivos, en el hecho de que mientras que otro tipo de intervenciones de orden psicosocial se mueven en contextos mucho más comprometidos, el trabajo psicoanalítico se resguarda en su clásico encuadre dentro de la clínica. Sin embargo, pienso que el psicoanálisis ha aportado conceptos y herramientas que van más allá del ámbito del consultorio y que ha demostrado que puede trabajar multidisciplinariamente, aportando su mirada a una visión compleja de la realidad.

En cuanto al lugar de la violencia, muchos psicoanalistas le asignan un papel trófico que complejiza notablemente el tema. Janin (1997) distingue un tipo de violencia que define como estructurante de otra, desestructurante, que está al servicio de la pulsión de muerte. Estructurante es la violencia primaria que define Piera Aulagnier, la violencia identificatoria, que permite discernir al otro que no es uno, pero en el cual uno puede reflejarse e identificarse. También la violencia de la amenaza de

castración, la que permite adquirir límites, la de la función paterna. Mientras que la violencia al servicio de la pulsión de muerte desconoce al otro como sujeto y desgarrar la trama del vínculo. Este tipo de violencia irrumpe en forma forzada, subyugando al otro, desconociendo su condición de sujeto.

He encontrado afinidades con el pensamiento de Laplanche y pienso que me permite esbozar algunas ideas sobre cómo la violencia puede irrumpir o quebrar algo de las posibilidades de un niño de tramitar psíquicamente y también de cómo eso puede repetirse, en la medida en que un niño devenido adulto repite de forma inconsciente aquellos aspectos de su historia que quedaron fuera de cualquier posibilidad de metabolización.

Cuando Laplanche toma la noción de “seducción generalizada” como eje central del origen de lo pulsional en un sujeto, y por tanto de su estructuración psíquica, le está dando un lugar relevante al otro adulto en su papel de seductor. El rol del adulto queda en relación con su capacidad de “implantar” algo en el niño, y la noción de “intromisión” queda ligada a la versión violenta de la implantación, que deja al infans sin posibilidades de tramitación. Este cruzamiento entre constitución psíquica y violencia me permite hacer algunas reflexiones sobre una noción de violencia encuadrada en una teoría específica: la psicoanalítica.

Es de mi interés pensar si esta mirada permitirá ciertas posibilidades de trabajo en la clínica, esto es, si tiene algunas virtudes como para ser operativa.

2 - Constitución psíquica

Reflexionar sobre la constitución psíquica supone interrogarnos sobre los orígenes del sujeto. De qué modo surgen los primeros contenidos mentales y cuál es su naturaleza. De qué maneras se apropia de sentimientos y sensaciones corporales que devienen productos de un sujeto, o expresiones de un “yo”. En este contexto hay lugar para preguntarse sobre los modos en que piensa un bebé y cómo se definiría “pensar” en estas circunstancias. Si es una conducta innata o si surge por las necesidades que impone la vida.

Algunos autores psicoanalíticos coinciden en que podemos hablar de los inicios del pensamiento cuando aquello que es captado por las vías sensoriales adquiere un sentido personal, lo que supone entender la subjetividad como una adquisición y no como un a priori.

2.1 – Aportes de Wilfred Bion y Donald Winnicott.

Uno de los autores que defienden esta idea es Bion (1977) quien propone un singular enunciado: la existencia de pensamientos sin aparato de pensar. Si esto se puede entender así, entonces hay que admitir la ausencia de subjetividad al momento de experimentar las primeras sensaciones y vivencias.

Este planteo da lugar a la necesidad de otro, más específicamente de una función, la “función materna” cuya tarea consiste en mediar las sensaciones del bebé: procesar, interpretar, metabolizar las vivencias del infans y brindárselas de un modo que le puedan resultar asimilables. Es lo que Bion llama función “rêverie” y que permite al bebé ir integrando elementos metabolizados que habiliten la construcción de su capacidad de pensar y su propia subjetividad. Así pensado, el psiquismo no es innato, se constituye en el vínculo del bebé con un otro que lo habilita a devenir sujeto.

También Winnicott (1993) hace aportes en este sentido. Cuando afirma que el pensamiento se origina como una peculiar e individual forma que consigue el bebé para lidiar contra la falla progresiva de adaptación de la madre. Con ello ya está señalando que, a su modo de ver, lo vincular y la falla son elementos vitales en los orígenes de la constitución psíquica. Winnicott afirma que el desarrollo psíquico y el crecimiento físico son efectos de una tendencia natural del bebé, pero no es condición suficiente en tanto esto se hará posible en una relación de dependencia. Aquí también se teoriza la función materna, que permite un ambiente facilitador para que evolucione y se desarrolle el potencial heredado. El ambiente descrito por Winnicott implica un vínculo entre el bebé y una madre “suficientemente buena” que permite un soporte implícito debido a la ausencia de tensiones. En el estado de la dependencia absoluta, solo el amparo de la madre-suficientemente-buena asegura la continuidad existencial y

la evolución.

En ese contexto de dependencia, la falla de la madre (su fracaso) es la que permite las reacciones del bebé y el consecuente crecimiento. Pero más allá de estos autores que privilegian el lugar del otro en la constitución psíquica de un sujeto, en los orígenes del pensamiento psicoanalítico el tema fue más complejo.

2.2 – La seducción de Freud a Laplanche.

Como todo trabajo fundante de una nueva teoría, el desarrollo freudiano tuvo oscilaciones. Podemos encontrar entre los escritos de Freud ocasiones donde el otro tenía un lugar importante y momentos en los que prevalecía un pensamiento predominantemente endogenista.

En las últimas décadas del siglo XIX Freud fundaba una teoría de las neurosis que ponía a la seducción como origen de éstas, abandonando en cierto modo la idea que reinaba en esa época que las neurosis eran hereditarias. Se pueden encontrar indicios de sus desarrollos teóricos sobre el tema en escritos del año 1896 como “La herencia y la etiología de las neurosis”, “Nuevas puntualizaciones sobre la psiconeurosis de defensa” y “La etiología de la histeria”.

“La etiología de la histeria” fue una conferencia dictada por Freud ante la Sociedad de Psiquiatría y Neurología en mayo y aunque según él sus palabras no tuvieron buena recepción ante el público, de todos modos, resolvió publicarla.

En esta conferencia Freud sostiene que el origen de las neurosis es de orden traumático y este trauma acontece en dos tiempos separados por la pubertad. Es en un primer tiempo del trauma del que se refiere Freud, que se da la seducción propiamente dicha. En este primer tiempo ocurre la experiencia sexual de un niño con un adulto, de modo que el niño no tiene las herramientas para la comprensión de la situación. El niño es enfrentado a una situación sexual prematura, no esperable, para la cual se encuentra desamparado y vive esta escena con una doble pasividad: es pasivo durante el encuentro, y a su vez es pasivo porque en él no se despierta representación sexual alguna.

En palabras de Laplanche “el estado de pasividad es correlativo con la no-preparación.” (Laplanche, 1983, p. 394). Esta segunda pasividad explicaría la no represión de la escena sexual. El segundo protagonista en esta ecuación de la situación originaria de seducción es el adulto. Freud utiliza la palabra “infección” para referirse a lo que el adulto opera frente al niño. Este adulto no es cualquiera, es un adulto perverso, desviante.

Es en un segundo tiempo, con una nueva escena que no precisamente tiene que ser sexualmente significativa de por sí, es que se establecen lazos asociativos con

la escena del primer tiempo y de alguna forma, la despierta. En ese momento surge la represión como defensa y sofoca el recuerdo debido al monto de excitación que genera. Es así como la seducción es fundante de la represión.

Debido a las dudas que le generaban a Freud la enorme cantidad de padres perversos que deberían existir según sus pacientes neuróticas, éste abandona la teoría de la seducción, con la famosa frase en su carta a Fliess en 1897 “ya no creo más en mi neurótica”.

El hecho de que siempre el padre debiera ser inculcado como perverso; la demostración de que a juzgar por la cantidad de casos de histeria la perversión contra niños debería darse con una enorme frecuencia o lo que es lo mismo: si hay más histéricas que padres perversos, entonces el origen de la histeria tiene que ser otro; la dificultad para distinguir la realidad de la ficción cargada de afecto, debido a que en el inconsciente no existe signo alguno de realidad; la decepcionante circunstancia de que bajo ninguna condición, ni siquiera en los delirios, estas escenas infantiles salen a la luz. Estos son algunos de los argumentos que Freud menciona para no seguir sosteniendo su teoría.

Otro aspecto considerado es el encadenamiento de las escenas. Son varias escenas que se suceden en el tiempo, como se encadenan en el sueño los restos diurnos, encadenamientos que van hacia lo más inconsciente y lo más inconsciente es lo que más fuerza psíquica tiene para ser representado. Lo más antiguo es lo que tiene más fuerza traumática inconsciente como para poder acceder a la consciencia, se despliegan a la manera de un árbol genealógico y que se simbolizan entre sí. De modo que Freud suponía que era posible ir de escena en escena hasta llegar a la originaria. La dificultad clínica de acceder a esta escena originaria fue uno de los motivos que desestimuló a Freud y lo llevó a abandonar la teoría.

Finalmente abandonó esta teoría, tomó otros rumbos y se introdujo en la cuestión construida en la fantasía de seducción. Esta renuncia significó para Freud una apertura a nuevos conceptos que lo llevaron a lo que hoy conocemos como la teoría psicoanalítica, aunque Laplanche entiende que Freud dejó de lado (inconscientemente) algo que ya percibía: que la sexualidad proviene del otro.

Laplanche (1986) puntualiza que Freud reconoció lo valiosa que fue la teoría de la seducción en la historia de su pensamiento y que siempre sostuvo la existencia, la frecuencia y el valor patógeno de las escenas de seducción efectivamente vividas por los niños. También subraya que varios elementos de la teoría de la seducción se pueden rastrear en conceptualizaciones posteriores de la teoría psicoanalítica. Y en particular destaca el hecho de que Freud, habiendo privilegiado una posición predominantemente endogenista (el origen de la pulsión es interno o biológico),

atribuye a las fantasías originarias un origen hereditario, de tal modo que las experiencias vividas en los comienzos de la humanidad han dejado restos mnémicos que se transmiten de generación en generación.

En esta línea de pensamiento la teoría de la seducción puede entenderse como un antecedente histórico de lo que Freud entiende como fantasías originarias: el tiempo de la escena de seducción “ha debido forzosamente basarse en algo más real que las simples imaginaciones del sujeto” (Laplanche & Pontalis, 1983). En este sentido ambos apostarán a algo que trasciende lo individual. Rescatando esto Laplanche rechaza la idea de un origen endógeno de lo anímico y piensa que los procesos psíquicos no se originan desde el sujeto, sino que proceden inicialmente de otro y afirma que los procesos mediante los que el sujeto expresa su actividad son secundarios en relación con un primer tiempo de pasividad impuesta por la seducción. Laplanche discierne tres planos de seducción: la seducción infantil, la seducción precoz y la seducción originaria.

La seducción infantil refiere a una situación contingente de experiencias de seducción de un niño por parte de un adulto que luego serán resignificadas produciendo la patología. Laplanche subraya varios elementos claves para entender esta situación.

Por un lado, la inmadurez por parte del niño, lo que implica encontrarse en un estado de imposibilidad, de incapacidad de integrar adecuadamente lo que le sucede. Se trata más que de un hecho cronológico, de un desfasaje: “se trata de un pre-, un antes tanto absoluto como relativo: lo que viene antes de cierto tipo de comprensión posible”. (Laplanche, 1987, p. 111).

Por otro lado, el seductor, que en este caso es un adulto perverso, desviante tanto con relación al objeto como a la meta.

Por último, el carácter pasivo del niño en la escena de seducción que es descrita como algo agresivo, violento e intrusivo.

Esta seducción infantil descrita se constituye en lo que Laplanche llama la teoría restringida de la seducción, bajo tres registros, el temporal (el *Après-Coup*), el tópico, que traslada el ataque inicial exterior a uno interior: el recuerdo; y el traductivo, descrito por Freud en la carta 52 a Fliess, donde la sucesión de escenas implica sucesivas reinscripciones y traducciones.

El registro temporal refiere a la teoría del *Après-Coup*, donde para inscribirse en el inconsciente son necesarios al menos dos acontecimientos separados en el tiempo, el primero que Freud denomina “de espanto”, durante el cual el sujeto se enfrenta a la situación sexual significativa en contexto de desamparo sin poder asimilarla. Un segundo acontecimiento de revivencia asociado al primero. El primer

acontecimiento resignificado por esta segunda instancia, que la de un nuevo sentido, genera la energía traumática que en su momento no tuvo, debido a las nuevas posibilidades del sujeto de reacción.

El registro tópico refiere a los momentos de elaboración o represión de las escenas sexuales. En la primera escena de ataque del adulto, el niño se encuentra desamparado, su única defensa sería enquistar el recuerdo, no reprimirlo. En una segunda escena, el individuo puede comprenderla, pero se siente atacado desde el interior por el recuerdo de la primera escena.

El registro traductivo o los lazos interpretativos entre las escenas es uno de los puntos fuertes de esta teoría freudiana, pero es en la carta 52 a Fliess cuando Freud confirma los puntos débiles de esta teoría restringida. La seducción precoz hace referencia a los cuidados maternos que en forma inevitable despiertan prematuramente la sexualidad del niño, la madre en sus cuidados va permitiendo pasar de las pulsiones de autoconservación a las pulsiones sexuales. La seducción no es pedófila ni perversa. Esta es una puntualización importante para Freud ya que aporta categoría de realidad efectiva, más allá de la contingencia, en los hechos de seducción, aunque (según Laplanche) omite extender esta concepción de sexualidad precoz a la sexualidad en general, al resto de los órganos erógenos e incluso omite la puesta en juego del inconsciente de la madre.

En “Tres ensayos de teoría sexual” (Freud, 1905, p. 203) Freud hace una pequeña mención a este papel activo de la madre en el despertar sexual del niño. Pero quizás en donde lo refiere más claramente es en “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci”:

El amor de la madre por el lactante a quien ella nutre y cuida es algo que llega mucho más hondo que su posterior afección por el niño crecido. Posee la naturaleza de una relación amorosa plenamente satisfactoria, que no sólo cumple todos los deseos anímicos sino todas las necesidades corporales, y si representa una de las formas de la dicha asequible al ser humano ello se debe, no en último término, a la posibilidad de satisfacer sin reproche también mociones de deseo hace mucho reprimidas y que hemos de llamar perversas” (Freud, 1910, p. 109)

En este texto queda sugerido que el niño también puede ser seducido por el

padre, de tal modo que ambos progenitores son potenciales seductores de su hijo², que será inconscientemente tomado por ellos como un objeto sexual. Así se destaca cómo los cuidados que necesariamente se brindan al bebé despiertan una excitación precoz de sus zonas erógenas, pero también cómo estos cuidados permiten el despliegue del deseo parental inconsciente. Y así es posible entender la seducción de una manera que trasciende a la psicopatología.

A partir de estas ideas Laplanche propone otra dimensión de la seducción, la originaria, que intenta dar cuenta de la situación inicial del sujeto recién nacido confrontado al mundo adulto. Situación universal y estructurante, ya que es el origen de la constitución de su inconsciente. Afirma que el niño nace inmerso en el mundo de los adultos, un mundo atravesado por significantes y mensajes enigmáticos y sexuales, que lo interpelan sin que él esté todavía preparado para comprenderlos. Este encuentro inicial, niño-mundo adulto, es traumatizante en la medida en que está signado por la relación pasividad-actividad. Tanto porque el adulto enfrenta esta relación con un bagaje psíquico mayor que el del niño, como porque es vehículo de un sentido que él mismo ignora. De este modo, la incompreensión del mensaje no es sólo condición del niño, sino también del adulto frente a su propio inconsciente.

También el inconsciente del adulto estaría conformado a partir de restos no integrados, que no cesan de insistir en un intento de simbolización de aquellos significantes enigmáticos originarios, con lo que se enfrenta todo ser humano desde su nacimiento. Los significantes enigmáticos son aquellos restos que quedan en los intentos de traducción de las acciones maternas hacia el niño como dar el pecho. No solo hay una satisfacción de las necesidades de alimentación del niño sino también una transmisión inconsciente de algo más, algo del orden de lo sexual que se juega en ese encuentro singular.

La seducción originaria es entonces, “esta situación fundamental en que el adulto propone al niño significantes no-verbales tanto como verbales, incluso comportamientos, impregnados de significaciones sexuales inconscientes.” (Laplanche, 1987, p. 128)

Laplanche advierte que esta noción de seducción originaria no cancela la importancia de las otras dos, ni tiene una relación cronológica, de *Après-coup*, con ellas. Por el contrario, la seducción originaria es la esencia misma del fenómeno de la seducción, aporta la clave de este fenómeno: lo enigmático, “los cuidados maternos o

² Me parece importante destacar que cuando hablamos de la función materna, queda implícito que el encargado del ejercicio de esa función es contingente; por otra parte los cuidados se extienden mucho más allá de esos primeros momentos en los que no parece haber lugar para un tercero, de modo que aquel que ocupe el lugar de la función paterna también es un potencial seductor.

el atentado paterno sólo son seductores porque no son transparentes sino opacos: vehiculizan lo enigmático” (Laplanche, 1987, p. 130).

2.3 – El enigma y el otro.

Un enigma es propuesto por un sujeto a otro, al igual que una adivinanza o un problema a resolver, sin embargo, en estos últimos casos la solución está en manos de quién lo propone, mientras que el enigma como lo entiende Laplanche viene a ser propuesto por quién no conoce la respuesta. El enigma conduce a la alteridad del otro, que es también alteridad para sí mismo, en relación con su propio inconsciente. El inconsciente no puede ser considerado como núcleo de nuestro ser, es el otro implantado en mí, es para siempre un cuerpo extraño interno (Laplanche, 1992).

Esta concepción implica un notorio viraje en lo que refiere al modo de constitución misma del sujeto. Laplanche afirma que el inconsciente no tiene un origen endógeno y que no está presente desde el comienzo, sino que, por el contrario, se funda en el encuentro con el otro seductor.

Laplanche intenta con su teoría de la seducción generalizada, pasar a otro nivel la teoría restringida de la seducción de Freud. Corta con la idea del origen biológico de la pulsión, termina con la idea de seducción como patógena y la ubica como fundante del aparato psíquico. El inconsciente es producto de la seducción originaria, en donde el adulto implanta sus mensajes enigmáticos, provenientes de su propio inconsciente. Estos mensajes luego devendrán los objetos-fuente de la pulsión. Hay un intento de traducir estos mensajes, de dar sentido, pero hay restos que quedan como restos enigmáticos y estos vuelven a la fuente de la pulsión, empujan a buscar un sentido. Así es como se construye el inconsciente. De este modo el psiquismo surge excéntrico al sujeto en el encuentro con otro, y con el “otro” que también a él lo habita.

A su vez Laplanche propone dos momentos de la represión originaria. Un primer momento en que los mensajes enigmáticos se corresponderían con lo que Freud llama “signos de percepción”, que son inaccesibles a la consciencia, en su carta 52 de 1896. En este tiempo, algo de lo enigmático desde el otro se implanta dejando marca, haciendo signo en el niño. Ahora bien, desde estos signos iniciales se ramifican diferentes traducciones. Es decir, que este segundo tiempo alude al proceso de traducción de estos mensajes, que paulatinamente van dando lugar a la conformación del yo. Quedará inevitable e ineludiblemente un resto de significantes que no logran ser traducidos y que no logran referir más que a sí mismos. Esos significantes des-significados son los que van a inaugurar y constituir el inconsciente. La represión originaria es solamente “el momento primero y fundador de un proceso

que dura toda la vida". (Laplanche, 1987, p. 132)

Ubicar el origen del inconsciente en el otro abre la posibilidad de preguntarse si no habría una continuidad entre la estructura psíquica de los padres y la del niño, en el sentido de que los padres proporcionen, en forma y contenido, un espacio psíquico a ese niño indefenso que todavía no contaría con un aparato que le permitiera procesar. Sin embargo, Laplanche hace hincapié en la capacidad autoteorizante del niño, que se ve obligado a afrontar esta intromisión, haciendo un trabajo de metabolización que transforma aquello que proviene directamente del inconsciente del otro adulto. Es decir que el niño se apropia a su manera de aquello que proviene del otro y que finalmente desemboca en una nueva estructura psíquica, la de su propio inconsciente.

Las propuestas de Laplanche producen efectos que redimensionan la teoría psicoanalítica, varias de los cuales él mismo se encarga de destacar. Por un lado, pone en cuestión la postura freudiana del apuntalamiento sexual en la autoconservación, que supone que la sexualidad nace a partir de la pulsión de autoconservación (no sexual) y que luego se independiza de ella, de tal forma que habría una anterioridad temporal y por tanto una autonomía de las funciones de autoconservación. En este sentido Laplanche recoge el término "prematuración" como una discordancia entre el nivel de tareas al que se vería confrontado el niño y su grado de maduración psicofísica.

Diferencia dos tipos de prematuración, uno sexual y el otro autoconservativo. Plantea que, en el plano de lo autoconservativo, los gritos del recién nacido son reconocidos por la madre como un llamado de ayuda, pero el acento recae sobre la direccionalidad del mensaje, siendo que la comunicación va en sentido niño-madre en el nivel de la autoconservación y en el nivel de la prematuración sexual la comunicación va en sentido inverso, ya que la madre interviene ante el hijo con sus deseos reprimidos. Laplanche afirma que la única verdad del apuntalamiento es la seducción originaria. Es posible pensar la sexualidad naciendo progresivamente sobre un funcionamiento biológico, en la medida en que esto no implique suponer un origen espontáneo o endógeno. Laplanche lo asemeja a una cebolla y afirma que "no se pela sola, es la seducción la que viene a pelar, sobre la autoconservación, una cierta lámina que se puede llamar sexual". (Laplanche, 1987, p. 146)

Aquí quizás podríamos hacer una breve digresión sobre el lugar del infans en la seducción originaria. Si aceptamos la hipótesis fundante de esta concepción teórica, esto es que la sexualidad viene desde el otro, entonces el niño pone la biología, el instinto, y sobre él se origina la sexualidad devenida tal a partir de la seducción. Esta situación es producto de la asimetría que se genera entre un niño desamparado y un mundo adulto. Pero pienso que esta situación es prácticamente un momento mítico

inicial previo a la implantación primera que proviene del otro cuidador (un momento inaugural con impronta de necesidad teórica).

A partir de que lo erógeno está implantado en el niño es difícil no atribuirle parte en el intercambio amoroso con la madre. A partir de allí, pienso que es posible pensar que el niño tiene cierta actividad en el encuentro y no queda puramente indefenso frente a él.

Javier García (1998) considera que...

El bebé es portador y productor de significantes sin significado adherido (rasgos, pequeños gestos, movimiento, llanto, grito, etc.) que requerirán ser descifrados o interpretados por la madre, pero que, sobre todo, la interpelan en relación con lo desconocido en ella y convocan su deseo.

(García, 1998, s/n)

De este modo el bebé también transmite mensajes enigmáticos hacia la madre, y por tanto la seducción sería una noción más compleja, que supondría un intercambio bidireccional entre dos sujetos traductores y enigmáticos entre sí.

Laplanche también afirma que termina con la dicotomía entre el adentro y el afuera, ya que de lo que se trata es de una dialéctica permanente que surge con la entrada de una alteridad en el interior del sujeto:

El significante enigmático o, más exactamente, su resto reprimido, el objeto fuente, deviene interno: permanece externo por relación al yo emplazado en su periferia, pero, como el yo es más restringido que el individuo (podemos dibujarlo de una manera totalmente espacial), él es un externo-interno que para el yo actúa {agit} desde el exterior

(Laplanche, 1987, p. 136).

Entonces se prioriza a un otro³ seductor que se entromete en forma singularizada e histórica, a través de los mensajes enigmáticos, que son enigmáticos tanto para el emisor como para el sujeto receptor que se ve obligado a trabajarlo, decodificando y traduciendo. Está haciendo referencia aquí a aquel que brinda, “implanta” en el indefenso cachorro humano mensajes (significantes enigmáticos), que

³ ¿De qué habla Laplanche cuando habla de “otro”? El propio Laplanche nos responde que “No es el Otro metafísico, o yo no sé qué «pequeño otro». (es) El otro de la seducción originaria, en primera instancia el otro adulto” (1996: 106).

iniciarán las primeras tentativas de traducción y metabolización de lo que ha sido recibido pasivamente. El otro adulto que, conjuntamente a los cuidados necesarios para que el bebé sobreviva, transfiere el plus de su afectividad. Lo afecta con sus afectos, que se expresan mediante actos, gestos y palabras, e instaura así el deseo, humanizándolo.

Pero si este otro adulto es portador del deseo, sentando las bases del aparato psíquico, también lo es de una prohibición estructurante. En este interjuego entre deseo y prohibición se producirá el advenimiento del sujeto psíquico.

2.4 – Introducción de la noción de intromisión.

En lo medular de la construcción de ese sujeto psíquico se encuentra la implantación de los significantes aportados por el adulto al niño, durante una instancia en la que el inconsciente aún no está diferenciado. Estos significantes recibidos por el infante de forma pasiva serán en tanto significantes enigmáticos, permanentemente pasibles de ser traducidos. Pero siempre queda un resto. Es lo que Laplanche llama lo “reprimido originario”. Según él éste es el proceso natural del encuentro entre el niño desamparado y la función representante del mundo adulto. Entonces la implantación es un proceso común, un proceso propiamente neurótico.

A este proceso normal de implantación, Laplanche contrapone su versión violenta: la intromisión. De esto modo nos brinda una opción para pensar las fallas en relación con lo metabolizable, como por ejemplo las dificultades con la escritura y con el lenguaje en general. Así pensado, no sería posible algo del orden de esa legalidad que el lenguaje encarna, y por tanto son pasibles de fallar el aprendizaje o la adquisición del lenguaje; estas dificultades así entendidas, quizás deberían poder ser pensadas desde un modelo relacional.

Para la perspectiva psicoanalítica, en su sentido más amplio, violento es todo aquello que queda sin posibilidad de acceso psíquico, de traducción simbólica. En términos de Laplanche, sería aquello que queda por fuera de lo enigmático e imposibilitado de acceso a la cadena traductiva.

Si hay distintos modos o tipos de violencia, me detengo especialmente en aquella que, en la definición psicoanalítica, queda fuera de la traducción por lo violento de su intrusión, o en aquello que es violento porque queda fuera de lo traductivo. Pienso que podemos entender que algo puede ser violento porque es introducido, inconscientemente, ya desde un lugar intraducible. O algo puede ser no traducible porque es violento en su modo de introducción. Esto último, pienso, queda abarcado por la definición laplanchiana de violencia, y al mismo tiempo es cercano a la definición más común.

Es claro que un sujeto sometido a una situación traumática puede naturalmente, en un proceso largo y doloroso, tramitar y traducir esa experiencia, historizándola e integrándola a su estructura simbólica. Me interesan las circunstancias que llevan a ciertas experiencias de violencia a repetirse transgeneracionalmente sin ninguna posibilidad de tramitación psíquica, y me pregunto si es posible algún tipo de abordaje, en particular desde la perspectiva psicoanalítica.

3 - Violencia

Según el diccionario de la Real Academia Española (1870) violencia proviene del latín violentia y tiene las siguientes acepciones:

1. f. Cualidad de violento
2. f. Acción y efecto de violentar o violentarse
3. f. Acción violenta o contra el natural modo de proceder
4. f. Acción de violar a una persona

Por lo que necesitamos recurrir a la noción de “violento, ta”, del latín, violentus:

1. adj. Dicho de una persona: Que actúa con ímpetu y fuerza y se deja llevar por la ira
2. adj. Propio de la persona violenta
3. adj. Que implica una fuerza e intensidad extraordinarias
4. adj. Que implica el uso de la fuerza, física o moral
5. adj. Que está fuera de su natural estado, situación o modo
6. adj. Dicho del sentido o la interpretación que se da a lo dicho o escrito: Falso, torcido, fuera de lo natural
7. adj. Dicho de una situación: Embarazosa
8. adj. Dicho de una persona: Que se encuentra en una situación embarazosa

Con el tiempo esta noción se ha complejizado por distintos atravesamientos históricos e ideológicos. De este modo Allegue et al. (2002) dicen que el fenómeno es predominantemente vincular, ya que supone el ejercicio del poder de parte de una o varias personas sobre otra/s, por medio del uso de la fuerza, ya sea física, verbal o psicológica.

En esa misma línea dice Berenstein (2000) que la violencia siempre debe referir a un sujeto, ya que de lo contrario su connotación se desdibuja, perdida en un discurso abstracto y vacío de subjetividad. Desde esta perspectiva de la subjetividad la noción de violencia sumaría un plus a aquellas situaciones vinculadas a la agresión entre dos sujetos, en donde generalmente se encuentran en juego los límites que naturalmente se producen en el encuentro con otro, y los esperables sentimientos de intolerancia que esta situación despierta. Esto significa que un monto de agresividad mínimo y tolerable para la defensa narcisista de un sujeto se desborda y va más allá de lo manejable cuando está atravesado por la violencia. Berenstein nos dice que de este modo oímos hablar de “un amor violento, una pasión violenta, una muerte violenta” (Berenstein, 2000, p.257).

Pero la violencia pensada de este modo tiene un valor atributivo en tanto adjetiva la fuerza en una situación de exceso. Coincido con Berenstein cuando da

cuenta de la importancia de pensar la noción de violencia como un sustantivo que nombra la acción de irrumpir más allá de los límites del otro, con la finalidad de imponer su voluntad sobre él. Entonces la situación de violencia supone una relación dispar: mientras que alguien detenta la violencia porque tiene los medios para hacerlo, hay otro que la padece o se somete a ella, porque se encuentra en posición desventajosa. De esta manera la violencia en tanto sustantivo es un acto que ejerce un sujeto respecto de otro que, por diferentes motivos, queda o está depuesto de su lugar de sujeto.

Pienso que es útil la distinción que hace Foladori entre violencia y agresión: "...el estar a merced no es una fórmula física que implicaría la ausencia de defensa, es también simbólica, es no poder salirse de las coordenadas de la situación, incluso en aquellos casos en los que no hay manifestaciones agresivas" (Foladori, 2000, p. 4). Este es el matiz que introduce la diferencia radical entre la violencia y la agresión:

La violencia responde a una situación en la que los participantes no se encuentran en el mismo plano estructural, desde la perspectiva del lugar social que ocupan. La violencia supone un desfase entre los involucrados ya que uno ejerce un poder sobre otro. Pero dicho poder no es físico, sino que tiene que ver con un determinado lugar; en las relaciones sociales.
(Foladori, 2000, p. 37)

En esta misma línea argumentativa Neumann y López afirman

En la violencia están implicados el desborde, la agresión que no cesa. A ello se agrega que la víctima se encuentra a merced del otro. No puede escapar de la situación, no sólo por la eficacia y poderío de los instrumentos. Más importante aún es que se encuentra sometido y sin salida alguna a las normas que sustentan el desbalance de poder. La violencia refiere al orden institucional. (Neumann y López, 2012, p. 46)

Sin embargo, también es importante diferenciar la violencia del poder porque muchas veces, como en las anteriores referencias, pueden quedar asociados.

Mientras que el poder, entendido al modo de Foucault, supone una noción que implica relaciones entre sujetos y la manera en que ciertos actos pueden demarcar el campo de otros posibles actos, lo que significa que el poder atraviesa las relaciones entre los sujetos, en la violencia, la subjetividad del otro queda borrada y la víctima queda pasivamente a merced de quien la ejerce.

Este modo de entender la violencia nos enfrenta a un problema: pensarla desde un único origen inaugural, nos llevaría a una contradicción insalvable. Es necesario atender que, desde la perspectiva psicoanalítica, la violencia juega un papel destacado en los acontecimientos que devienen en la constitución psíquica de un sujeto. Por lo tanto, deberíamos distinguir varios modos de violencia o definir más de una violencia, ya que no sería posible pensar esta noción como el efecto de un acto en donde se destituye al otro de su lugar de sujeto y por otra parte entenderla como fundante de la constitución psíquica del infans.

Berenstein y Janine Puget, resuelven esta dificultad definiendo tres espacios subjetivos que pueden ser fuente de la violencia: el individual, el vincular y el social. (Puget, 1988; Berenstein, 1990). Desde lo individual, esto es, desde lo intrasubjetivo, la violencia se entendería como producto del mundo interno de un sujeto y surgiría desde un objeto internalizado en un aparato psíquico debilitado por diferentes situaciones de desamparo. Sería producto de una dificultad de tramitar las frustraciones hacia otro que devendría violencia sobre el propio cuerpo. En cuanto a la perspectiva vincular, lo intersubjetivo, la violencia sería el resultado de la interacción de un sujeto con otro de tal modo que sus actos apunten a irrumpir en la alteridad del otro, conquistarlo y volverlo igual a sí mismo.

Lo que creo que define la violencia en esta situación es el gesto de supresión o negación de la subjetividad del otro. En general esta conducta está asociada a la dificultad para aceptar lo ajeno, y esencialmente aquello que define al otro en tanto no le pertenece al Yo.

En lo que refiere a la perspectiva social, la violencia surge de la mano de la exclusión, y recae sobre aquellos sujetos que tienen nulas posibilidades de pertenencia a una comunidad y se ven confinados a la marginalidad.

Afirmábamos antes que la constitución psíquica de un sujeto se iniciaba con la implantación de los significantes aportados por el adulto al niño, durante una instancia en la que el inconsciente aún no está diferenciado. Y que la variante “violenta”, la intromisión, supone la intrusión de elementos que no logran ser metabolizados. Porque no son metabolizables en sí mismo o quizás por el modo violento en que son introducidos. Cuando digo que no son metabolizables no me refiero a que inscriptos en la red simbólica no encuentran elementos traductivos, sino que directamente quedan fuera de toda posibilidad de ingreso a una lógica simbólica (por “lógica simbólica” me refiero a un *lenguaje* que impone reglas y condiciones para la construcción de un concepto que pueda ser expresado en dicho lenguaje. A modo de ejemplo, un lenguaje con una lógica basada en imágenes recortará o dejará fuera todo lo que no puede ser expresado de esa manera). Me parece importante señalar que el carácter

traumático y violento del encuentro, va a depender tanto de las intenciones y conductas del otro, como de las posibilidades traductivas del sujeto.

Tomando lo intrusivo como elementos que ya vienen obturados de toda traducción desde el adulto cuidador, Fanny Schkolnik dice:

Mientras la implantación supone una madre que habilita a una posible traducción y resignificación de los mensajes enigmáticos, la intromisión implica la existencia de un vínculo con una madre que obtura las posibilidades de traducción en el niño. Pienso que lo que da lugar a la intromisión es lo no traducido en la madre, lo desmentido que proviene de generaciones anteriores y que promueve la constitución de identificaciones patológicas, por introyección de dichos mensajes enigmáticos intraducibles. En estos casos, junto a la implantación coexisten entonces algo del orden de la intromisión.

(Schkolnik, 1998, s/n).

Pero pienso en otras situaciones más cercanas a la violencia en su sentido más común, que también puede quedar abarcada por lo que podríamos señalar como la definición laplanchiana de violencia. Me refiero a todas aquellas situaciones en las que de un modo u otro podemos hablar de intromisión, en donde la red simbólica queda rota y no hay significación ni metaforización posible. Violento refiere en su sentido más amplio (desde la perspectiva psicoanalítica), a todo aquello que, por su cualidad intrusiva, queda sin acceso a la red significante, por fuera de la cadena traductiva y por tanto pienso que la violencia entendida como intromisión, no puede quedar reducida a las contingencias de la función materna.

3.1 - Los aportes de Aulagnier.

Piera Aulagnier (1977) incursiona en la problemática de la violencia, para lo cual, discute el lugar que ocupa la psicosis en el psicoanálisis y señala que el modelo freudiano, en lo que refiere a esta patología, renuncia a aspectos importantes de la escucha del analista. Cuestiona el hecho de que en la psicosis prevalezca la noción de carencia y propone un tipo de representación, la representación pictográfica, propia del proceso originario, dentro de un proceso de desarrollo que entiende como cronológico y evolutivo, en donde cada proceso se corresponde con un modo de representación. Al proceso originario le corresponde la producción pictográfica. La representación escénica (fantasía) es propia del proceso primario y finalmente el proceso secundario está definido por la representación ideica. De este modo define un camino evolutivo desde la representación pictográfica hasta el enunciado.

Los tres procesos que postulamos no están presentes desde un primer momento en la actividad psíquica; se suceden temporalmente y su puesta en marcha es provocada por la necesidad que se le impone a la psique de conocer una propiedad del objeto exterior a ella, propiedad que el proceso anterior estaba obligado a ignorar.”

(Aulagnier, 2001, p. 24).

Aulagnier entiende que la actividad de representación es el equivalente psíquico del trabajo de metabolización propio de la actividad orgánica, de modo que estos procesos del aparato psíquico se pueden entender como procesos de metabolización. Estos procesos no están presentes desde el comienzo de la vida, se suceden temporalmente y son producto de la necesidad que se le impone a la actividad psíquica de conocer una propiedad de objeto que no tiene registro en el proceso anterior. Para que esta evolución suceda es relevante la noción de encuentro, facilitador del desarrollo de los procesos de constitución del aparato psíquico.

Esta autora plantea que vivir es experimentar en forma continua lo que se produce en una situación de encuentro. A partir de estos encuentros, la psique logra crear una primera representación de sí misma, y es este hecho inaugural lo que inicia la actividad psíquica. A partir de estos planteos Aulagnier logrará situar y pensar los dos conceptos que titulan su obra: la violencia y la interpretación.

Sobre la violencia expresa:

La psique y el mundo se encuentran y nacen uno con otro, uno a través del otro; son el resultado de un estado de encuentro al que hemos calificado como coextenso con el estado de existente. La inevitable violencia que el discurso teórico impone al objeto psique del que pretende dar cuenta se origina en la necesidad de disociar los efectos de este encuentro.

(Aulagnier, 2001, p. 30).

Plantea que, en el encuentro del bebé con la madre, la oferta (de sentido) siempre precede a la demanda.

Designamos como violencia primaria a la acción mediante la cual se le impone a la psique de otro una elección, un pensamiento o una acción motivados en el deseo del que lo impone, pero que se apoyan en un objeto que corresponde para el otro a la categoría de lo necesario” (2001, p. 36).

La palabra adulta siembra sentido anticipándose a las posibilidades del bebé para significar por sí mismo. De este modo el niño es depositario de un discurso previo, y viene a inscribirse en él. Aulagnier conceptualiza como “violencia primaria” esta situación, en la que el discurso propio de la función materna viene a imponerse, y se adelanta a cualquier posibilidad de significación por parte del niño. Sería una violencia necesaria, propia de la mediación que hace la madre entre el niño y el mundo.

El fenómeno de la violencia, tal como lo entendemos aquí, remite, en primer lugar, a la diferencia que separa a un espacio psíquico, el de la madre, en que la acción de la represión ya se ha producido, de la organización psíquica propia del infans. La madre, al menos en principio, es un sujeto en el que ya se ha operado la represión e implantado la instancia llamada Yo; el discurso que ella dirige al infans lleva la doble marca responsable de la violencia que él va a operar. Esta violencia refuerza a su vez, en quien la sufre, una división preexistente cuyo origen reside en la bipolaridad originaria que escinde los dos objetivos contradictorios característicos del deseo.

(Aulagnier, 2001, p.34).

Como contrapartida, introduce la noción de violencia secundaria, que supone algo del orden del desborde, nocivo para el funcionamiento del yo del niño. Junto al deseo de la madre, que sostiene al niño, surge también el riesgo del exceso, que puede tener una incidencia con consecuencias graves en el destino del sujeto. Aulagnier define el “riesgo del exceso” como la expresión del deseo de conservar aquello que sólo en una primera fase es lícito e ineludible: la conservación de la violencia por parte del portavoz. De esta manera se constituirá un abuso de la violencia impuesta a través de la madre. Lo que la madre desea es que la situación actual sea inmodificable. Sin embargo, en la medida en que la madre no logra renunciar a este deseo, aquello que en un momento era legítimo y esperable, cambia radicalmente de sentido. La violencia secundaria es consecuencia de la imposición de la palabra y la voluntad de un tercero, que ejercerá como juez de los derechos, demandas y necesidades de un sujeto, lo que finalmente supone adueñarse de su deseo.

Mientras que la violencia primaria es habilitante y trófica, en tanto habilita la formación del Yo, la violencia secundaria supone un exceso que se ejerce contra un Yo ya establecido. Sin embargo, la naturalización por diferentes medios de este tipo de

violencia permite que sea desconocida por quienes la sufren: “ello se debe a que logra apropiarse abusivamente de los calificativos de necesaria y de natural, los mismos que el sujeto reconoce a posteriori como característicos de la violencia primaria en la cual se originó su Yo.” (Aulagnier, 2001, p.35).

Frente a este vínculo inicial que supone ciertos niveles de violencia, las condiciones ineludibles para que la actividad psíquica surja, están en relación con la sensación de supervivencia frente a lo tanático. Es importante el sentimiento de conservación del cuerpo y de permanencia de una catexia libidinal que sobreviva a los embates de la pulsión de muerte. Si el bebé no logra tolerar y superar cierto umbral frente a la violencia, entonces el Yo se verá aplanado y condicionado en su autonomía, lo que se expresaría como una “expropiación” de un derecho de existir. Si bien esta situación puede devenir una personalidad psicótica, esto no necesariamente es así, aunque esto no hace menos grave la situación de expropiación a la que queda sometido el Yo.

Considero que, en este planteo, es significativo lo inevitable de la violencia. Además, en la primera representación que la psique se forma de sí misma, vemos la relevancia del encuentro con la madre, es decir, del encuentro de la incipiente psique del niño con su propio cuerpo y el cuerpo y las producciones de la psique materna. El lazo social es entonces el ámbito del desarrollo de estos procesos. Desde esta perspectiva la función materna adquiere un lugar relevante en donde la oferta siempre precede a la demanda y el niño se verá permanentemente enfrentado a excesos provenientes del otro y especialmente de sentido. La palabra proveniente del otro (del cuidado materno) se anticipa a las posibilidades del infans de dar sentido y significación por cuenta propia.

3.2 - Experiencia clínica en violencia y maltrato: Janin.

Beatriz Janin ha trabajado profusamente en las situaciones de violencia y maltrato con relación al abuso infantil. Y describe, como resultado de su experiencia clínica, las situaciones que frecuentemente funcionan como disparadoras de agresiones hacia los niños, en adultos con una fragilidad en su constitución psíquica que les impide tolerar mínimos niveles de frustración.

Entre ellas destaca: el llanto del bebé (intolerable en tanto refleja el desamparo absoluto), el comienzo de la deambulación (donde los primeros indicios de autonomía del niño pueden despertar insoportables sentimientos de pérdida de control en el adulto) y la escolarización, que puede poner al descubierto situaciones vergonzantes que hasta el momento quedaban “en familia”.

Janin destaca que en estas situaciones el ataque se da hacia aquello

intolerable de sí mismo que se refleja en el niño/otro y que por eso se busca “destruir, aniquilar, silenciar.” Entonces, el niño puede ser tratado como un inferior a ser sometido o como un igual al que no se le tolerarán las diferencias. A la hora de precisar modelos de maltrato, Janin encuentra que estos pueden ser por exceso, por déficit o por ataque a la estructura narcisista del niño.

El maltrato que va dirigido a los puntales identificatorios del niño y a sus ideales, supone una denigración permanente o requerimientos excesivos que dejan “marcas de dolor” que imposibilitan la construcción de una representación valiosa de sí, con la consecuente dificultad para fundar una organización psíquica que se apropie de pensamientos y sentimientos.

En cuanto al maltrato por déficit, denota una falta de sostén y atención que deja al niño desamparado y expuesto a las demandas de su mundo interno sin mínimos recursos representacionales. Al resultado de esta situación Janin lo llama “trauma por vacío” y afirma que el silencio, en ocasiones, es un ejercicio de la violencia.

En este mismo sentido Silvia Bleichmar (2008) afirma que la conducta mecánica es también una respuesta desubjetivante del mismo tenor que el silencio. No diferenciar al otro en su singularidad, es no distinguir sus necesidades como sujeto. Quedarse inmóvil frente a las necesidades del prójimo es uno de los procederes más crueles del ejercicio de la violencia silenciosa.

Por otra parte, el maltrato por exceso se da cuando ocurre un quiebre de las barreras de protección antiestímulo de tal tenor que el sufrimiento devasta el entramado psíquico. Ante la imposibilidad de tramitación psíquica surgirá una propensión a expulsar todo lo vivido.

Pienso que las consecuencias de esta modalidad de maltrato nos devuelven al planteo de Laplanche, donde lo violento queda directamente vinculado a la ruptura de la red simbólica, lo que según Janin puede reflejarse de diferentes maneras: la conciencia puede quedar abolida en su capacidad de reconocer cualidades y sensaciones. Esto produce sujetos embotados que buscan “golpear contra el mundo” como modo de recuperar la cenestesia; es probable que quede inhibida la capacidad de descifrar afectos, lo que se confunde con indolencia emocional. En estos casos el sujeto tiene la impresión de estar muerto-vivo; existe la propensión a la desligazón o a la desconexión, lo que produce vacíos representacionales y conflictos en las facultades asociativas.

Esto puede traer aparejados trastornos graves de pensamiento; también es posible que se produzca una desorganización identificatoria. Si los puntales identificatorios han sido atacados, el niño puede extraviarse en su identidad, aunque en oportunidades logra defenderse encontrando un enemigo externo; otra

consecuencia puede ser la huida narcisista, mediante la construcción de una coraza para aislarse de un mundo que le es hostil; es frecuente la reproducción de lo vivido, ya sea en forma activa (identificación con el agresor, conceptualizada por Ferenczi) o pasiva (buscar otro agresor); pueden ocurrir fallas severas de la represión e irrupción del proceso primario, producto de una violencia que trasluce que lo incestuoso se ha puesto en acto; también son probables los problemas para la construcción de fundamentos éticos; el déficit atencional, producto de un vínculo libidinal precario con el mundo es otra posible consecuencia; otra es la actividad motriz desorganizada, resultado de un vacío representacional que impide dominar el mundo y el cuerpo de un modo placentero; también el dolor y el erotismo pueden quedar conectados de tal modo que lleven a un goce masoquista. Y finalmente, también es frecuente que prevalezcan conductas autocalmantes.

Michèle Bertrand, tomando palabras de Ferenczi, nos dice que luego de una “catástrofe narcisística”, en la clínica se observan los esfuerzos tentativos de restauración del Yo. Nos habla de transformaciones psíquicas que estas catástrofes provocan y estas se dan en cuatro modalidades: la primera modalidad según Bertrand se trata del clivaje postraumático que permite al sujeto ausentarse de la experiencia traumática: “une partie de Moi sait, mais ne souffre pas; une autre partie souffre, mais ne le sait pas. Le Moi qui sait s’identifie a un sauveur tout-puissant”⁴ (Bertrand, 2009, p.18).

La segunda modalidad como ya hemos hablado anteriormente y que Janin la trae, es la identificación con el agresor, así como también con su sentido de culpabilidad y su omnipotencia. “Le sentiment de culpabilité peut être marqué par l’omnipotence: je suis à l’origine de tout ce qui m’arrive, proclame-t-il”⁵ (Bertrand, 2009, p.19).

La tercera modalidad se trata de un desarrollo repentino del intelecto para asegurarse la supervivencia psíquica o física, sacrificando parte de sí. Esto puede equipararse al concepto de falso-self creado por Winnicott en 1965, como una distorsión de la personalidad que consiste en desarrollar una existencia ficticia con el fin de resguardar, por medio de una organización defensiva, al verdadero self. “L’indentification à l’agresseur, si elle a lieu, se retrouve dans le “plaisir esthétique” que produit la contemplation de sa puissance.”⁶ (Bertrand, 2009, p.19).

⁴ “una parte del Yo sabe, pero no sufre; otra parte sufre, pero no lo sabe. El Yo que sabe se identifica a un salvador todopoderoso”

⁵ “El sentimiento de culpa puede estar marcado por la omnipotencia: soy la causa de todo lo que me sucede”, proclamó”

⁶ “La identificación con el agresor, si se da, se encuentra en el “placer estético” que produce la contemplación de su poder.

La cuarta modalidad se trata de una identificación con el agresor empática, afín de restablecer una situación de ternura previa al momento traumático. Bertrand nos dice que es posible encontrar este tipo de modalidad en el “síndrome de Estocolmo”.

Un ejemplo que pone Bertrand para ilustrar es la escisión amor/odio que permite, por ejemplo, en el caso de los adolescentes maltratados, conservar el amor hacia los padres (objeto de amor) y reservar el odio para sus referentes educativos.

Janin nos transmite que, en su experiencia, ha notado que entre los niños víctimas de maltrato, algunos logran atravesar el hecho traumático, elaborándolo, aunque no sin consecuencias. Estos niños logran, con ciertas limitaciones, jugar. Esto se debe a que logra investir al otro y en cierta medida diferenciarse, aunque sin perder la desconfianza y de un modo más desafiante de lo esperable. Sin embargo, otros niños, parecen haber sido arrasados en sus posibilidades psíquicas. Janin los describe con “la mirada apagada y distante” propia de aquellos sujetos que han perdido toda esperanza.

Trabajar con estos sujetos supone contener y acompañar en un camino doloroso, en la búsqueda de recuperar o construir aquellos aspectos de sí que fueron devastados, inhibidos o silenciados mediante el maltrato. Un camino de construcción de una narrativa que permita cicatrizar, amar una trama fértil para historizar, para investir nuevas figuras y proyectos, allí donde sólo quedaban las “marcas del dolor”. Janin afirma que darle al niño un estatuto de “semejante diferente”, es fundamental para que pueda desarrollar un movimiento de sujeto deseante, construir una autoestima firme e interiorizar un conjunto de normas e ideales que sean capaces de ayudarlo a sostenerse en situaciones de crisis.

Esta es a mi modo de ver, una forma de fortalecer las “barreras antiestímulo”, brindando al niño las herramientas para tolerar diferentes situaciones traumáticas e incluirlas en su trama significativa, aunque más no sea a modo de enigma.

3.3 – ¿Por qué pienso que es útil el pensamiento de Laplanche para entender y trabajar situaciones de violencia?

Si seguimos el pensamiento de Laplanche, tenemos que admitir que tiene hondas consecuencias en la noción de transferencia, puesto que ésta será concebida en relación con el enigma. Con la neutralidad y el rehusamiento el analista se abre un espacio donde el paciente puede ubicar sus propios enigmas y replantearse sus interrogantes con relación a las figuras parentales de la situación de seducción originaria.

Aquí es necesario distinguir lo que Laplanche llama transferencia en lleno de lo que denomina transferencia en hueco. La primera sería la repetición de los

comportamientos y relaciones con las imagos infantiles. Aquí no se haría presente el enigma, y es el tipo de transferencia que no se da sólo en el análisis y que hace necesaria una interpretación de la transferencia, que cree un espacio donde pueda surgir la transferencia en hueco. Ésta, aunque es también una repetición, permite que en la relación surja lo enigmático, que de esta forma quedaría abierto a la reelaboración.

Dentro del consultorio es el analista quien inicia la transferencia al permitir la reapertura de la relación originaria con el enigma, situación en la que el otro está antes respecto del propio sujeto. De este modo el analista se ubicaría en una situación en la que articularía dos lugares en relación con el enigma: por un lado, ocuparía el lugar del otro adulto que se entromete, poniendo en juego continuamente lo pulsional a través de sus interpretaciones. Por otro lado, ocuparía el lugar del sujeto infantil que intenta traducir y retraducir el mensaje enigmático del paciente.

Esta perspectiva permite un acercamiento optimista a los casos más graves. Mientras que la estructura neurótica admite una capacidad simbólica que abre la posibilidad de la formación de síntomas, en patologías más graves el psiquismo falla en tal posibilidad debido a que su “aparato” de metabolizar no está adecuadamente constituido. Es en estos casos en los que sería posible reconstruir, o llegado el caso construir, a través de este singular encuentro en el que se reedita una situación enigmática al modo de la seducción originaria.

Cuando, ya sea por intrusión o por omisión, se genera un vacío representacional, esto es, por ausencia o por bloqueo faltan representaciones, supone un desafío para la tarea del analista. Si adherimos a la concepción de Laplanche de la transferencia ¿de qué modo aportar aquellos elementos representacionales que permitan surgir la transferencia en hueco, que habilite nuevas significaciones de lo enigmático?

Quizás en última instancia, se trate de brindar representaciones, al modo de la función materna, aportando metáforas que habiliten el funcionamiento del aparato de pensar del sujeto.

Distinta es la situación en que algo de lo traumático, por mínimo que sea, adquiere significación en la vida de un sujeto. De cuáles sean las posibilidades de subjetivación del maltrato, y cuál sea el lugar que pueda darle al sufrimiento de un hecho violento, dependerá el modo en que esa vivencia traumática afecte su funcionamiento psíquico en los momentos significativos de su vida.

Cualquier circunstancia de vida traumática que ocupe un lugar significativo en la vida de un individuo, supone cierta capacidad de integrar dicha situación a la red simbólica, y por tanto mejores perspectivas de trabajo sobre dicha situación. Aunque

siempre quedará un resto no significable, lo importante es la apertura a la red simbólica y hacia un trabajo traductivo que es permanente.

3.4 – ¿Cuál es la relación entre la violencia explícita y lo enigmático?

Pienso que una pregunta inevitable cuando trabajamos con estos temas es la relación entre las situaciones de violencia explícita, consciente, que el paciente trae como un relato traumático, y aquellas otras circunstancias en donde lo violento es transmitido en forma inconciente.

Una mirada rápida o ingenua a esta pregunta vinculará “lo enigmático” —según lo piensa Laplanche— al segundo acontecimiento, mientras que dejará el primer caso para otro tipo de elaboración o abordaje, en la medida en que la violencia a modo de sometimiento, brutalidad, crueldad, etc., tiene un fuerte vínculo con lo real. Claros ejemplos de ello serían los traumas post guerra o los niños que son espectadores del asesinato de su madre a mano de su padre, ya que nadie en su sano juicio dudaría del valor traumático que conllevan este tipo de escenarios.

Sin embargo, como ya hemos dicho, el valor traumático de un suceso no estaría dado por quien ejerce la violencia, sino por el lugar que dicho acto ocupa en la psiquis del receptor. Una situación dolorosa, angustiante, cruel, etc., puede ser metabolizada mediante un trabajo de elaboración psíquica, en la medida en que las circunstancias vividas, aprehendidas y relatadas mediante la única realidad de la que dispone un sujeto (la realidad psíquica) puedan ser habilitadas a tramitarse en la red subjetiva y simbólica de su psiquis.

Lo traumático no estaría entonces en relación con lo obvio y consciente, sino con las implicaciones inconcientes que despierta. En esta misma línea, cuando Freud en “Duelo y Melancolía” habla de lo doloroso de una pérdida, ya sea real o simbólica, y la reacción melancólica frente a ésta, destaca que lo conflictivo del duelo no es tanto en relación con que el individuo ha perdido algo sino más bien al hecho de que en realidad no sabe exactamente qué es lo que ha perdido

El objeto tal vez no está realmente muerto, pero se perdió como objeto de amor (p. ej., el caso de una novia abandonada). Y en otras circunstancias nos creemos autorizados a suponer una pérdida así, pero no atinamos a discernir con precisión lo que se perdió, y con mayor razón podemos pensar que tampoco el enfermo puede apresar en su conciencia lo que ha perdido. Este caso podría presentarse aun siendo notoria para el enfermo la pérdida ocasionadora de la melancolía: cuando él sabe a quién perdió, pero no lo que

perdió en él. Esto nos llevaría a referir de algún modo la melancolía a una pérdida de objeto sustraída de la conciencia, a diferencia del duelo, en el cual no hay nada inconciente en lo que atañe a la pérdida.

(Freud, 1915, p. 243)

Sin minimizar en absoluto lo doloroso y difícil que supone ser víctima de una situación de violencia y sus alcances obvios y conscientes, considero que la dificultad para tramitar una situación de este tipo y su valor traumático, estarán mayormente en relación con las posibilidades de tramitación simbólica de las implicancias inconcientes que cualquier acontecimiento de este tipo acarrea.

En la medida que lo traumático quede encapsulado y repitiéndose en una “transferencia en lleno” no hay posibilidades de tramitación alguna.

En este sentido me resulta interesante el aporte de G. Bonnet que distingue — en la repetición propia de la transferencia— dos modalidades vinculadas a la pulsión de muerte: una de ellas mortífera y sistemática, en donde el acento está puesto en la pura repetición, mientras que lo repetido queda desdibujado; la otra ligada a la pulsión de vida, asequible a nuevos objetos y permeable a lo imprevisto, lo novedoso o lo creativo.

Esta repetición permite integrar nuevos materiales a los fantasmas anteriores y encuentra su satisfacción en esa renovación y en la ligazón que ella opera. Con la repetición ocurre lo mismo que con la rueda de molino: o bien gira para moler el grano, integrando paralelamente en este nuevos aportes de trigo; o bien gira simplemente por el placer de girar, para moler... nada, o, concretamente, para molerse a sí misma, ya que en este juego termina por encontrar su placer en el desgaste, en la autodestrucción.

(Bonnet, 1996, p. 18)

4 – Las posibilidades de la clínica psicoanalítica.

Cuando uno comienza a trabajar en situaciones novedosas o límites, necesariamente debe empezar con lo que se considera verdades evidentes. A partir de las cuales se inicia un difícil trabajo de cotejamiento y cuestionamiento. Un trabajo de urdimbre, de conceptualización, que implica momentos de construcción y de reflexión, pero también de espera, de tanteo teórico y desconstrucción.

Así se va haciendo tejido, un tejido que no es perfecto, en el que van quedando imperfecciones e incluso agujeros. Algunos de estos agujeros cuando están en el centro de la teoría, exigen ser cerrados, con lo que uno llamaría necesidades teórica (es el caso de Freud y su conceptualización de la represión primaria). Pero hay otros agujeros en los márgenes del conocimiento instituido, allí donde se trabaja con menos teoría, donde todavía se está construyendo.

Este puede ser el caso de la noción de “violencia” en los términos en los que hoy podemos entenderlos. Tal vez esta perspectiva es un tema aún reciente para el psicoanálisis.

Trabajar en psicoanálisis supone necesariamente tener un background metapsicológico, ya que de allí surge la postura psicoanalítica sobre la concepción de la cura. Laplanche entiende la metapsicología como la teoría que sustenta la edificación freudiana del psicoanálisis, lo que incluye un permanente diálogo entre teoría y práctica.

El psicoanálisis se ha enfrentado al desafío de trabajar con pacientes que quizás en otras épocas, serían ubicados dentro del conjunto de sujetos no analizables. Pienso que esto ha ocurrido en parte porque el psicoanálisis ha hecho un esfuerzo por salir del encierro propio de la clínica. Y en parte porque los pacientes que llegaban al consultorio iban cambiando en su presentación.

De este modo el psicoanalista se ha enfrentado a la necesidad de trabajar con sujetos que poco podían decir de su padecer. Y afrontó el desafío de resignificar algunas situaciones propias de la clínica. ¿Qué pasa con estos pacientes? ¿La violencia que irrumpió en sus psiquis produjo una rotura que se expresa como un vacío representacional? ¿Tienen dificultades para ligar representaciones? ¿Disponen de representaciones, pero hay un corte/clivaje que impide acceder a ellas?

Pienso que la pertenencia a una corriente teórica, a veces nos apega demasiado a conductas que frente a lo novedoso no resultan operativas. Creo que eso es lo que sucede, si frente a una situación como la descrita e intentando mantener el status quo psicoanalítico, se adopta una actitud de espera.

Son varios los autores psicoanalíticos que proponen salir de la situación clásica y ofrecer representaciones, entre otros tantos destaco a W. Bion, más

contemporáneamente a G. Bonnet y a Susana García en Uruguay. ¿Son estas situaciones pre-psicoanalíticas? ¿Es parte de un montaje para que surja la transferencia? ¿O estos escenarios en las que uno ofrece complejos representacionales se dan en transferencia?

Con relación a las posibilidades de tramitar experiencias e incorporarlas a modo de pensamientos en el aparato psíquico, me resulta muy interesante el planteo de Bion. Para este autor las posibilidades de pensar son el resultado de la convergencia de dos desarrollos mentales que es necesario diferenciar: los pensamientos y el aparato para manejarlos. La evolución de estos dos aspectos depende en gran medida de las experiencias emocionales en los que se desarrollan. De este modo, es muy importante la capacidad de tolerar la frustración y para ello la función *rêverie* propia de la función materna. Según Bion la actividad de pensar y el aparato para hacerlo, surgen debido a la presión que ejercen los propios pensamientos. Esto supone la existencia de pensamientos previo a la posibilidad de pensarlos e independientemente de la posibilidad de apropiación por parte del sujeto que los porta.

Concomitantemente al bombardeo de identificaciones proyectivas que invaden al niño, Bion vislumbró que era necesario un continente para poder contenerlas. Para explicar esto desarrolló la noción de función *rêverie*. De este modo las posibilidades de tolerancia a la frustración dependerán no sólo de las demandas pulsionales propias sino también de las posibilidades de entendimiento y respuesta de la madre “real”. Los pacientes que muestran de alguna u otra manera, las consecuencias de haber sido víctimas de violencia, suelen ser pacientes que no pueden hablar de determinadas cosas. No tienen nada para decir sobre su violencia. Hay algo enquistado que se actúa, porque no se puede tramitar psíquicamente.

Esto me permite pensar cómo el otro hace aparato psíquico en un niño, pero también puede, en el ejercicio de la violencia, imponer intrusivamente algo que el niño no va a poder manejar, que va a repetir y se va a prestar para la transmisión transgeneracional. Me pregunto si en la clínica importa que el paciente tenga vacío representacional o corte, si eso hace una diferencia en la posición analítica. Si las posibilidades de trabajo pasarán por ofrecer, al estilo de Bion, aparato para pensar.

Brindar representaciones allí donde no las hay, para que algo de ese vacío pueda ir ocupándose y haciendo trama, para poder ir incorporándose al mecanismo traductivo y formar parte de lo enigmático.

En el pensamiento de Laplanche, un punto clave del trabajo analítico es la reinstauración en la cura, de la situación originaria. Esto significa que en el espacio analítico y en las peculiaridades de su método, se habilita la posibilidad de que el

paciente vuelva a enfrentarse a los enigmas de la seducción generalizada. Este hecho facilita la apertura hacia la construcción de nuevas y mejores traducciones. Laplanche explica que lo que se intenta es deconstruir o deshacer esas traducciones, lo que de alguna manera obliga a la construcción de otras, esperablemente nuevas y más eficientes.

Según Fanny Schkolnik (1998) este es en esencia un trabajo de perlaboración: recorrer esos guiones iniciales librados a los avatares de la represión secundaria, que en su recorrido inverso pueden acercarnos a los enigmas de la represión originaria. Para Schkolnik una gran parte del tiempo del análisis es ocupado en la tarea de desmontar las resistencias (propias y ajenas, del analista y del paciente) para poder desencadenar situaciones originales, en donde la transferencia se pone en juego y sucede algo de un “cambio interior”.

Laplanche apunta que en esta situación las interpretaciones deben estar orientadas a la deconstrucción de viejas traducciones, que de ser desarticuladas abrirían la puerta al trabajo traductivo e interpretativo del Yo, instancia teorizante por excelencia. La postura de Laplanche se corre de la actitud clínica del analista que interpreta los avatares del Edipo, la castración o el narcisismo. Por supuesto esto no quiere decir que haya que ignorar estas situaciones conflictivas, pero el objetivo último del análisis sería alcanzar aquellas situaciones en donde el paciente se enfrenta a sus enigmas originarios. De todas maneras, el modo de que esta búsqueda no sea infructuosa implica trabajar con los avatares de todos estos conflictos ligados a la represión secundaria.

Por supuesto la interpretación siempre estará inscripta en el contexto de la transferencia en su doble registro: cruz y palanca del tratamiento. Laplanche distingue en esta situación la transferencia en lleno de la transferencia en hueco.

Mientras que la transferencia en lleno repite (y es pura repetición) los vínculos de amor y odio de su historia constitutiva, la transferencia en hueco se abre hacia aquellos enigmas que quedaron planteados en la situación originaria. En el pensamiento de Laplanche y tal cual lo postulaba Freud, la transferencia deberá ser interpretada únicamente cuando se vuelve obstáculo a la asociación libre. Esto se correspondería con la definición de transferencia en lleno. Se trataría de evitar el encierro en la interpretación de la transferencia, porque de lo contrario analista y paciente quedarían atrapados en un vínculo dual infructuoso. Por otra parte, interpretarla para habilitar el movimiento y el trabajo en transferencia abierto al cambio, permitiría habilitar el desarrollo de la transferencia en hueco y, por tanto, las posibilidades de crear una situación más apta para que sea posible el cambio en el análisis.

¿Pero qué sucede cuando nos encontramos con fallas en la trama simbólica? Silvia Bleichmar trabajando con patologías narcisista graves, se ocupó de las dificultades que estas patologías desarrollan en torno al mundo de lo simbólico. Pero Fanny Schkolnik que comparte los planteos de Bleichmar, opina que las fallas de simbolización siempre están presentes en mayor o menor medida, aún en los pacientes neuróticos

Yo comparto sus planteos en cuanto a los efectos de una represión originaria fallante en estos pacientes. Pero, además pienso que, en las neurosis, particularmente en aquéllas en las que predomina el vínculo dual, existen también, en alguna medida, ciertas dificultades de simbolización, que tienen que ver con el conflicto originario.

(Schkolnik, 1998, s/n).

Según Schkolnik, las fallas en la traducción se expresan de diferentes modos, tales como trastornos psicosomáticos, actuaciones, depresiones graves, relaciones de pareja patológicas, etc. Y lo que resulta muy útil para entender esta expresión patológica en la clínica, es la diferenciación que hace Laplanche entre implantación y intromisión.

En pocas palabras, mientras la implantación es producto del vínculo con el mundo adulto que habilita a una posible traducción y resignificación de los mensajes enigmáticos, la intromisión, es el efecto de la imposibilidad de la traducción por parte del niño.

Estos no son fenómenos excluyentes. Junto a la implantación parental puede coexistir algo de la intromisión, que puede venir dado incluso desde el peso de lo transgeneracional. En este caso, el obstáculo para la traducción está dado no por un hecho traumático, sino porque el propio adulto transmite algo que ha sido del orden de lo no traducido para sí mismo. Así devienen identificaciones patológicas producto de la introyección de mensaje enigmáticos intraducibles por parte del adulto.

El peso de lo transgeneracional no ocurre únicamente en patologías narcisistas graves o psicóticas, sino que también podemos encontrarlo en las neurosis, ya que lo desmentido en el adulto y transmitido (por intromisión, intraducible) al niño, quedará inhabilitado a una posible traducción. Estos elementos no traducibles, verdaderas rocas en el inconsciente del niño, son grávidos en consecuencias, en la medida en que suponen la presencia de elementos que permanecen inmunes a cualquier intento de traducción y producen un predominio de la desligazón.

Sin embargo para Fanny Schkolnik, el pensamiento de Laplanche abre

caminos interesantes y optimistas para pensar que los cambios a nivel de lo más arcaico es posible, ya que si pensamos que es dable reinstaurar la situación originaria en la cura, entonces abriremos una nueva posibilidad para que el paciente se enfrente a los enigmas de la seducción originaria, en una situación diversa, “con otro diferente al de los orígenes”, y si esto es posible, entonces también puede serlo el hecho de que aquello que nunca pudo ser traducido, se incorpore de alguna manera al proceso de temporalización.

Consideraciones finales

A lo largo de mi carrera como estudiante de la Facultad de Psicología, en varias oportunidades me he sentido conmovida por situaciones que involucraban de manera compleja e imbricada, la violencia y los niños.

A medida que me fui implicando con el tema, me vi sorprendida por la necesidad de aceptar que esta situación atravesaba democráticamente a todos los estamentos sociales. Y comenzaron a surgir en mí cuestionamientos sobre las consecuencias que acarrea una sociedad que sufre situaciones de este tipo. Empecé a preguntarme sobre las posibilidades que tendría un niño, víctima de violencia, de torcer su historia y evitar la condena de la repetición. La inquietud y la lectura me abrieron un sinnúmero de preguntas: ¿Qué vínculo hay entre violencia y subjetivación? ¿Y entre violencia y trauma? ¿Está condenado un niño que sufrió violencia durante sus tiempos de estructuración psíquica? ¿Es posible escapar a la repetición? Si la respuesta es no, entonces ¿la transmisión transgeneracional es inevitable?

Con todas estas preguntas en mente, se me presentó la oportunidad de trabajar y profundizar en esta cuestión, en el contexto de mi carrera académica, ya que había llegado el momento de enfrentarme a la realización del Trabajo Final de Grado (T.F.G.). Tarea en la que convergen las más variadas experiencias y vivencias, que fueron acompañándome y despertándose a lo largo de mi tránsito por la Facultad de Psicología.

El primer análisis sobre estas experiencias y cómo volcarlas en el T.F.G. me enfrentó a una dolorosa realidad. Eran desmedidas mis pretensiones de estudiar la relación entre violencia y estructuración psíquica, para llegar a una valoración de los efectos que el ejercicio de la violencia en los niños tendría sobre la estructuración de un sujeto. También era inabarcable pensar las ramificaciones que esta problemática despliega: sus consecuencias sociales, los intereses políticos, la repetición y la transgeneracionalidad, la clínica, el necesario abordaje multidisciplinario, las obligadas reflexiones epistemológicas, etc.

Me vi forzada a renunciar a muchas de esas consideraciones para poder ordenar y profundizar en una temática que tenía que poder desarrollar en aproximadamente 40 páginas. Debo agradecer el apoyo de mi tutor, sin cuya paciencia y respeto, no hubiera logrado alcanzar mi objetivo. Finalmente hallé un pensamiento, el de Jean Laplanche, que me permitió profundizar el desarrollo de la subjetividad y su implicación con la violencia, ya sea de forma trófica, ya sea en sus aspectos psicopatológicos.

Su teoría me atrapó especialmente porque en última instancia, su mirada sobre las posibilidades clínicas de trabajar con la violencia es esperanzadora. Y si bien

todavía no estoy en condiciones de ejercer mi profesión, mis pretensiones de trabajar en la clínica necesitan (por supuesto desde mi subjetividad) un fuerte aire de confianza y optimismo, que encontré en la lectura de Laplanche.

Mi acercamiento a su pensamiento me permitió descubrir afinidades acerca de una idea básica de lo que significa el encuentro entre un niño y el entorno donde se cría: la violencia es un elemento necesario y estructurante, pero al mismo tiempo puede embestir, doblegar y hasta quebrar las capacidades psíquicas de un niño, para gestionar el desborde emocional que significa incorporarse al mundo simbólico que lo rodea.

En tanto aceptemos que un sujeto construye su identidad con relación a un sentimiento de pertenencia, e independientemente de las condiciones socio económicas e incluso ideológicas que se encuentren en la base de la exclusión, me parece un asunto de extrema complejidad el abordaje de esta la problemática, en tanto supone trabajar con procesos identificatorios apoyados en realidades que trascienden la individualidad pero que al mismo tiempo la determinan.

Todo un desafío para la sociedad en su conjunto y específicamente para la teoría psicoanalítica que, en la medida en que profundice y extienda sus posibilidades de intercambio multidisciplinario, podrá aportar su grano de arena a una realidad que necesita el aporte de todos.

BIBLIOGRAFÍA

- Allegue, R., Batista, M., Carril, E Gioscia, G., Kohen, V y Tejería, S. (2002). "La violencia doméstica: una encrucijada disciplinaria". Montevideo: Departamento Psicológico. Instituto Mujer y Sociedad (ONG).
- Assoun, P. (1999). "El perjuicio y el ideal. Hacia una clínica social del trauma". Ediciones Nueva visión, Buenos Aires.
- Berenstein, I.; (1990) "Psicoanalizar una familia". Editorial Paidós. Buenos Aires.
- Berenstein, I.; (2000) "Notas sobre la violencia", recuperado en www.apdeba.org/wp-content/uploads/022000berenstein.pdf
- Bertrand, M.; (2009) "L'identification à l'agresseur chez Ferenczi: masochisme, narcissisme". Revue française de psychanalyse, Volume 73, Presses Universitaires de France.
- Bion, W.; (1997) "Aprendiendo de la experiencia", Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Bleichman, S.; (2008) "Violencia social/violencia escolar. De la puesta de límites a la construcción de legalidades"; Buenos Aires; Noveduc
- Bonnet, G; (1996) "La transferencia en la clínica psicoanalítica"; Buenos Aires; Amorrortu editores.
- Busso, G.; (2001) "Vulnerabilidad social: Nociones e implicancias de políticas para Latinoamérica a inicios del siglo XXI"; Recuperado en <https://www.cepal.org/publicaciones/xml/3/8283/GBusso.pdf>
- Castoriadis-Aulagnier, P.; (1977) "La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado". Amorrortu editores. Buenos Aires.
- Ferenczi, S.; (1933) "Confusion de langue entre les adultes et l'enfant", Editions Payots, France.
- Foladori, H. (2000). "Violencia. La institución del maltrato". Gradiva nº1, ICHPA, Santiago. Chile.
- Foucault, M. (1983) "El sujeto y el Poder". Recuperado en www.terceridad.net/wordpress/wp-content/uploads/2011/10/Foucault-M.-El-sujeto-y-el-poder.pdf
- Freud, S.; (1986) "Cartas a Wilhelm Fliess"; Buenos Aires; Amorrortu.
- Freud, S.; (1896) "La etiología de la histeria" en Obras Completas; Buenos Aires; Amorrortu editores.
- Freud, S.; (1905) "Tres ensayos de teoría sexual" en Obras Completas; Buenos Aires; Amorrortu editores.
- Freud, S.; (1910) "Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci" en Obras

Completas; Buenos Aires; Amorrortu editores.

- Freud, S.; (1913): Sobre la iniciación del tratamiento. OC, T. XII. Buenos Aires, Amorrortu editores.
- Freud, S.; (1915) "Duelo y melancolía". Tomo XIV Obras Completas, Buenos Aires; Amorrortu, Buenos Aires.
- Freud, S. (1916a). "Algunos tipos de caracteres dilucidados por el trabajo psicoanalítico". Tomo XIV Obras completas. Buenos Aires; Amorrortu editores.
- Freud, S. (1916b). "24a conferencia. El estado neurótico común". Obras completas tomo XVI; Buenos Aires; Amorrortu editores.
- Galán Rodríguez, A; (2010) "Psicoanálisis y la protección a la infancia" recuperado en www.researchgate.net/publication/228354221_Psicoanalisis_y_la_proteccion_a_la_infancia.pdf
- García, J.; (1998) "Discusión de la conferencia de Jean Laplanche". Revista uruguaya de psicoanálisis 87; recuperado en <http://www.apuruguay.org/apurevista/1990/1688724719988705.pdfm>
- Janin, B.; (2009) "La violencia en la estructuración subjetiva", recuperado en [file:///C:/Users/Aliki/Desktop/Janin,%20B.%20La violencia en la estruct. subj etiva.pdf](file:///C:/Users/Aliki/Desktop/Janin,%20B.%20La%20violencia%20en%20la%20estructuraci%C3%B3n%20subjetiva.pdf)
- Janin, B. (1997). "Violencia y subjetividad". En Revista Cuestiones de Infancia. Buenos Aires.
- Kachinovsky, A.; (2012) "Enigmas del Saber. Historias de aprendices"; Montevideo; Biblioteca Plural, Udelar.
- Laplanche, J. & Pontalis, J.; (1983) "Diccionario de Psicoanálisis"; Barcelona; Labor.
- Laplanche, J.; (1987) "Nuevos fundamentos para el psicoanálisis"; Buenos Aires, Amorrortu editores.
- Laplanche, J.; (1992) "La prioridad del otro en psicoanálisis", Buenos Aires, Amorrortu editores.
- Mannoni, O; (1994). La crisis de la adolescencia. Barcelona, Gedisa.
- Neumann, E. y López, M. (2012). "Historia, trauma e historización". Gradiva n°1. ICHPA. Santiago. Chile.
- Ponce de León, E.; (2008) "Equipo multidisciplinario y clínica psicoanalítica de niños"; <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=395&a=Equipo-interdisciplinario-y-clinica-psicoanalitica-de-ninos-Abordajes-interdisciplinarios-y-analisis-de-un-caso-clinico>

- Puget, J.; (1988) "Formación psicoanalítica de grupo. Un espacio psíquico o tres espacios ¿son superpuestos?". Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo, XII, Nº 1 y 2. 1989.
- Real Academia Española; (1780) Diccionario de la lengua española, recuperado en <http://www.rae.es/> (2017)
- Schkolnik, F.; (1998) "La teoría de la seducción generalizada y la práctica" recuperado en www.apuruquay.org/apurevista/1990/1688724719988707.pdf
- Winnicott (1993), "Exploraciones psicoanalíticas 1", Buenos Aires: Paidós.